



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PERIODISTAS Y OPERADORES AUDIOVISUALES

Sábado 21 de octubre de 1978

Señoras y Señores:

¡Sed bienvenidos! Os agradezco vivamente todo lo que habéis hecho y todo lo que haréis, para presentar al gran público, en la prensa, radio y televisión, los acontecimientos de la Iglesia católica, que os han reunido tantas veces en Roma en estos dos meses.

Ciertamente en vuestra vida profesional habéis vivido días agotadores, a la vez que emocionantes. El carácter repentino e imprevisible de los hechos que se han sucedido, os ha obligado a echar mano de un conjunto de conocimientos en materia de información religiosa que tal vez os eran poco familiares, y también a responder, en condiciones muchas veces febriles, a una exigencia que lleva consigo la enfermedad de nuestro siglo: la prisa. ¡Para vosotros, esperar la "fumata" blanca no ha sido una hora de completo reposo!

Gracias ante todo por haber dado tan amplio eco, con respeto unánime, a la labor considerable y verdaderamente histórica del gran Papa Pablo VI. Gracias por haber hecho tan familiar el rostro sonriente y la actitud evangélica de mi predecesor inmediato, Juan Pablo I. Gracias también por el relieve favorable que habéis dado al reciente Cónclave, a mi elección y a los primeros pasos que yo he dado con la carga pesada del pontificado. En todo caso habéis tenido la ocasión, no solamente de hablar de las personas —que pasan—, sino de la Sede de Roma, de la Iglesia, de sus tradiciones y de sus ritos, de su fe, de sus problemas y de sus esperanzas, de San Pedro y de la misión del Papa, de los grandes desafíos espirituales de hoy, en síntesis, del misterio de la Iglesia. Permitid que yo me detenga un poco en este aspecto: es difícil presentar bien el verdadero rostro de la Iglesia.

Sí, los acontecimientos son siempre difíciles de comprender y de hacerlos comprender. Desde

luego, son casi siempre complejos. Basta que se olvide un elemento por inadvertencia, se omita voluntariamente, se minimice o por el contrario se acentúe exageradamente, para falsear la visión presente y las previsiones del futuro. Los hechos de la Iglesia son, por lo demás, más difíciles de captar por los que los contemplan sin una visión de fe, lo digo con todo respeto a cada uno, y más todavía de expresar a un amplio público, que difícilmente capta su verdadero sentido. No obstante, se os exige suscitar el interés y la acogida de ese público, a la vez que vuestras agencias os piden frecuentemente, y sobre todo, lo sensacional. Algunos se sienten entonces tentados de caer en la anécdota; ésta es concreta y puede ser más aceptable, pero a condición de que la anécdota sea significativa y tenga relación real con la naturaleza del hecho religioso. Otros se entregan decididamente a un análisis demasiado detallado de los problemas y de los móviles de las personas de Iglesia, con el riesgo de referir de forma insuficiente sobre lo esencial, que, como sabéis, no es de orden político, sino espiritual. Finalmente, desde este punto de vista las cosas son a menudo más sencillas de lo que uno se imagina: ¡Me atrevería a referirme a mi elección misma!

Pero no es éste el momento de examinar detalladamente los riesgos y méritos de vuestra función de informadores religiosos. Notemos, por otra parte, que parece dibujarse un cierto progreso aquí y allá en la búsqueda de la verdad, en la comprensión y la presentación del hecho religioso. Os felicito por la parte que habéis tenido en ello.

Quizá os haya sorprendido y estimulado ver que en todos los países un público muy amplio, que algunos creían indiferente o alérgico a la institución eclesiástica y a las cosas espirituales, atribuía gran importancia al hecho religioso. Realmente la transmisión de la misión suprema confiada por Cristo a San Pedro para evangelizar a todos los pueblos y reunir en la unidad a todos los discípulos de Cristo, ha aparecido verdaderamente como una realidad que trasciende los acontecimientos habituales. Sí, la transmisión de este hecho tiene profundo eco en los espíritus y en los corazones que perciben cómo Dios está actuando en la historia. Era leal tomar nota de ello y adaptar al caso los medios de comunicación social de que vosotros disponéis a distintos niveles.

Precisamente lo que deseo es que los artífices de la información religiosa encuentren siempre en las instancias cualificadas de la Iglesia, la ayuda que necesitan. Aquéllas los deben acoger con respeto a sus convicciones y su profesión, proporcionarles documentación plenamente adecuada y absolutamente objetiva y, a la vez, ofrecerles una perspectiva cristiana que sitúe los hechos en su significado auténtico para la Iglesia y la humanidad. De este modo podréis realizar estos reportajes religiosos con la competencia específica que requieren.

Vosotros sois muy sensibles a la libertad de información y de expresión, y tenéis razón.

Consideraos gozosos al beneficiaros de ella. Emplead bien esta libertad para discernir desde más cerca la verdad e introducir a vuestros lectores, oyentes o telespectadores a «cuanto hay de

verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso y de digno de alabanza», según las palabras de San Pablo (*Flp 4, 8*), a cuanto les ayude a vivir en justicia y fraternidad, a descubrir el sentido último de la vida, a abrirlos al misterio de Dios tan cercano a cada uno de nosotros. En estas condiciones vuestra profesión tan exigente y a veces tan agotadora, yo diría vuestra vocación tan actual y tan hermosa, elevará aún más el espíritu y el corazón de los hombres de buena voluntad y, al mismo tiempo, también la fe de los cristianos. Es un servicio que aprecian mucho la Iglesia y la humanidad.

Yo me atrevo a invitaros también a vosotros a un esfuerzo de comprensión, a una especie de pacto leal: cuando hagáis un reportaje sobre la vida y la actividad de la Iglesia, procurad captar, con la máxima intensidad, las motivaciones auténticas, profundas, espirituales del pensamiento y de la acción de la Iglesia. La Iglesia, por su parte, escucha el testimonio objetivo de los periodistas sobre las esperanzas y las exigencias de este mundo. Esto no quiere decir evidentemente que la Iglesia modele su mensaje según el mundo de su tiempo: es el Evangelio el que debe siempre inspirar su actitud.

Yo estoy contento de este primer contacto con vosotros. Os aseguro mi comprensión y me permito contar con la vuestra. Sé que además de vuestros problemas profesionales, sobre los que volveremos a hablar, tenéis cada uno vuestras preocupaciones personales y familiares. No temamos confiarlas a la Virgen María, que está siempre al lado de Cristo. En el nombre de Cristo, yo os bendigo de todo corazón.

Deseo saludar y bendecir no sólo a vosotros, sino a todos vuestros compañeros del mundo entero. Si bien representáis diferentes culturas, estáis todos unidos en el servicio a la verdad. Y el grupo que constituís aquí hoy es ya en sí mismo manifestación espléndida de unidad y solidaridad. Quisiera pedirlos que me hicierais presente ante vuestras familias y compatriotas de los países respectivos. Os ruego aceptéis cada uno la manifestación de mi respeto, estima y amor fraterno.